

## Noches clandestinas

Quizás uno de los días clave que me convencieron para abrazar esa nueva vida lejos de la capital fue el día en que me apeteció una cerveza. Me apetecía después de infinitas horas de trabajo, pero no con suficiente fuerza como para entrar en el bar sola sin pensármelo dos veces. Al final, el saludo de Frank fue suficiente para empujarme hacia una de las mesas vacías.

Frank es el dueño del bar. Tiene una niña de meses de edad, que en el momento en que entré estaba espachurrada sobre la barra del bar, aguantándose milagrosamente sin caerse ni hacia delante, ni hacia atrás. El bar estaba medio vacío y los que había parecían conocerse.

No sé cómo, pero a la hora estaba en la barra, con Frank, el otro camarero y dos hombres que o bien podían ser unos genios, o bien los borrachos del pueblo. Uno de ellos parecía Chanquete pero en delgado. En realidad no, físicamente no se parecía en nada, pero me hizo pensar en él. Morenísimo de piel y con ese rubio que deja el agua de mar y los largos días lejos de la sombra. El otro tenía pinta de filósofo o dios griego. Hubiera podido ser la versión moderna de Dionisio.

Y allí estaban, invitándome un miércoles por la noche a degustar güisquis de primerísimo nivel. Normalmente odio el güisqui. Ese día no es que me gustara, pero por lo menos no me hizo vomitar. El dios griego iba explicando historias sobre la absenta, monjes alemanes y cómo casi todos los alcoholes famosos y bien valorados internacionalmente habían nacido por estas tierras.

Al principio parecía un hombre interesante. Luego, cuando iban a cerrar, empezó a buscar desesperadamente otro sitio para seguir bebiendo y dejó de parecer interesante. Efectivamente, eran dos borrachos de bar. Pero eso no le resta encanto a las conversaciones épicas que tuvimos sobre la falsa democracia en la que vivimos, la buena comida de la Costa Azul o el cacique del pueblo.

Y de ahí mi memoria enlaza con otra noche en un bar, pero mucho más adelante. Ya había dejado de vivir en el pueblo y me había mudado a la ciudad vecina, una ciudad pequeña o un pueblo grande, depende de cómo se mire. Me había ido porque en invierno el pueblo quedaba completamente muerto y hasta para ir a tomarte un café tenías que coger el coche. Yo no tenía coche ni dinero para comprármelo, así que la solución más viable fue mudarme. Más que por poder tomar cafés fácilmente, por poder trabajar fácilmente, moviéndome a pie. Fue una buena decisión, aunque la vida en el pueblo siempre queda ahí en un rincón de mis paraísos perdidos y siempre que necesito calma me escapo allí unos días para recuperar esa magia con la que siempre me acoge aunque yo le haya abandonado.

Volviendo a la otra noche en el bar que ha venido a mi memoria, esa tuvo lugar probablemente cerca de un año después de la noche de la degustación de güisquis y las conversaciones épicas. Curiosamente, fue un día en el que yo había vuelto al pueblo para pasar una corta temporada en busca de una paz interior que los paisajes y el mar pueden ayudarte a atrapar, pero que no sirve de mucho si tu mente está demasiado enturbiada. Pero durante unos días el subidón de calma parece bastante creíble. Yo estaba en pleno subidón de calma cuando decidí quedar con un amigo para tomar una cerveza y compartir un rato. Acabamos en otro pueblo de al lado donde estaba casi todo cerrado a excepción de un local bastante céntrico –era un día entre semana. Entramos sin muchas expectativas, con la intención de tomarnos la última, pero de golpe la noche se iluminó. Todo empezó porque había allí una mujer sueca. Mientras fumaba con nosotros en la puerta nos contó que había venido a visitar a sus padres, que viven en este pueblo de la costa durante unos cuantos meses al año porque ya están jubilados. La conversación continuó dentro del bar, con su padre, que la acompañaba y que puntualizó: “Aquí estamos hasta que llega julio, en verano, como en Suecia no se está en ningún lugar”. Y lo dijo tan tajantemente que no me aventuré a soltar ninguno de los infinitos argumentos que me pasaron en aquel momento por la cabeza. Me contó que había sido marinero, que había vivido en Miami, que prefería mil veces el acento americano al británico, que allí se enamoró locamente de una camarera, “mira llevo su nombre tatuado en el antebrazo”, y que le abandonó sin más. Que

luego volvió a Suecia, conoció a su actual mujer, la madre de la chica con la que habíamos fumado, que trabajó de mil cosas pero que pasaron más de veinte años hasta que consiguió dedicarse a lo que le gustaba de verdad, para lo que había estudiado: técnico de sonido. Eso sí que es tener paciencia.

Y entonces es cuando el dueño del bar anunció que oficialmente estaba cerrado pero que alargáramos la noche allí dentro de una manera clandestina, con la persiana medio cerrada, porque hoy se cumplían tres años desde su inauguración. Ahí me di cuenta de lo bien que sentaba vivir en un pueblo grande o una ciudad pequeña, depende de cómo se mire, lo suficientemente cerca y lo suficientemente alejado de esas noches clandestinas.